

Reseña.

La guerra en el antiguo Egipto, de Bridget McDermott.

Augusto Gayubas.

Cita:

Augusto Gayubas (2008). *La guerra en el antiguo Egipto, de Bridget McDermott*. Reseña.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/augusto.gayubas/9>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pdv4/C9a>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

La guerra en el antiguo Egipto

Bridget McDermott

Traducción castellana: Cecilia Belza

Barcelona, Crítica, 2006.

Edición original: *Warfare in Ancient Egypt*, Stroud, Sutton Publishing Ltd., 2004.

En los últimos años, hemos presenciado un renovado interés de los investigadores de la antigüedad por la problemática de la guerra. La egiptología no se ha quedado atrás. Sin embargo, siguen siendo pocos los egiptólogos que abordan dicha problemática desde una mirada que combine la historia, la arqueología, la historia militar y la antropología. En un intento de historia interdisciplinaria, Bridget McDermott nos ofrece un panorama general sobre la guerra en el antiguo Egipto, desde el período Paleolítico hasta fines del Reino Nuevo.

Destinado a un público general, aunque con algún interés por llegar a los estudiosos de historia de Egipto e historia militar, *La guerra en el antiguo Egipto* se presenta como un análisis de la historia militar egipcia, que pretende llenar un vacío dejado por los historiadores más preocupados por la historia militar griega. El objetivo de la autora, según explicita en la “Introducción” del libro, es exponer a partir del estudio de la evidencia disponible (vestigios arqueológicos, representaciones pictóricas y testimonios textuales), el “desarrollo ininterrumpido” de las armas y técnicas de guerra durante los aproximados tres mil años que aborda la obra, y rescatar la figura del soldado raso (a menudo obviada de los trabajos sobre la guerra antigua centrados en los reyes y oficiales de la élite), para así construir una “descripción definitiva” de la milicia egipcia y de su “evolución”. Para este fin, divide al libro en tres capítulos ordenados cronológicamente.

En cada uno de ellos, tras una breve y no siempre certera contextualización histórica, se dedica a resaltar los hitos militares y a describir el armamento (incluidas las técnicas de fabricación) y los tipos de guerra de cada período, entendiendo el proceso como una evolución que conduce del período Predinástico a la Dinastía XX (aunque los períodos intermedios, por escasez de evidencia, son apenas subsumidos en el trato de los períodos centrales), donde la premisa es que el “enfrentamiento militar es connatural al comportamiento humano” (17), afirmación al pasar que bien podría confundir al lector llevándolo a pensar que la guerra no es un dato social sino biológico. Mediante esta aproximación, la autora pretende “probar que se ha subestimado seriamente la competencia del aparato bélico egipcio previo” al Reino Nuevo, al “descuidar la función de los soldados” (17), aunque necesariamente la autora centrará su descripción del soldado raso en las caracterizaciones del Reino Nuevo (por fuerza de la evidencia existente), reduciendo su análisis de la vida militar en los períodos previos a limitadas presentaciones de la relación cambiante entre soldados y equipamiento militar (es decir, una historia de las armas más bien que de los soldados), en base a representaciones pictóricas y a la evidencia textual y arqueológica sobreviviente.

Así, en el primer capítulo (“La guerra, de la prehistoria al Reino Antiguo”) la autora aborda la evidencia de guerra en el valle del Nilo desde el Paleolítico (el cementerio 117 de Dyebel Sahaba, cuyos cuerpos presentan lesiones y puntas de proyectil incrustadas) hasta el Reino Antiguo (testimonios escritos como las autobiografías de Herjuf y de Uni y representaciones pictóricas como las decoraciones de las tumbas de Inta y de Jamehesit), discutiendo en el camino las imágenes militares correspondientes al Predinástico (vasijas, paletas, mazas y otros artefactos decorados) y al Período Arcaico. Tras explorar la incorporación del ganado en el simbolismo bélico egipcio desde el período Predinástico como signo de que la cultura

egipcia es una cultura ganadera, y al resaltar por ende la utilidad de compararla para su mejor comprensión con las culturas ganaderas modernas (como los nuer, los dinka y los masai), la autora buscará en la etnografía las claves para entender la “guerra primitiva”, asimilando la guerra prehistórica egipcia con los conceptos de la guerra africana (“que el hombre nacía siendo guerrero, que luchaba por el prestigio y actuaba como guardián de la comunidad”, 22). Pero sin mayor profundidad teórica pasa a considerar la continuidad de la violencia una vez surgido el Estado, bajo la forma de las guerras de expansión que conducirían a la unificación política.

La autora rastrea el surgimiento de lo que denomina “guerra organizada” en el Período Arcaico (hacia 3300-2700 a.C.), tomando como evidencia ciertos grabados como el de Dyebel Sheij Suleiman, pero es en el Reino Antiguo (2700-2190 a.C.) en donde encuentra evidencia de un mayor hincapié puesto en la defensa de fronteras y registra unos pocos pero importantes testimonios escritos de tema militar que, sumados a escenas como la del fragmento marino de Lisht, presentan a un ejército bien organizado ya en esta época, contrario a lo que se suele presumir.

Al final de este y de cada capítulo (y en el apéndice I), la autora dedica toda la atención a las armas, estudiando las tipologías, fabricación y uso en batalla a partir de los vestigios arqueológicos, pictóricos y textuales de cada período. Halla una continuidad (aunque con rasgos “evolutivos”) en el uso y tipo de arcos y flechas y en el status elevado de los arqueros desde el Predinástico hasta el Reino Nuevo (de importancia capital para esta lectura resulta la tumba de los mercenarios de Mentuhotep II, que presenta detallada evidencia del equipamiento y disposición de los arqueros durante el Reino Medio), destacando su función ritual en ceremonias funerarias, su creciente organización como vanguardia del ejército, y la constante asociación simbólica entre la cacería y la guerra.

Por otro lado, la autora afirma erróneamente que “el arco es el arma más antigua conocida por el hombre” (45), olvidando evidentemente el uso de rocas, aunque diez páginas más adelante sostiene que “las armas más antiguas del Paleolítico fueron los fragmentos bifaces y las hachas sin mango” (55).

De acuerdo con la autora, las hachas y mazas también encuentran una clara continuidad en su uso tanto militar como ritual desde el Predinástico, aunque destacándose su valor como artefacto de poder, que la autora asocia vagamente con la “mitología africana” (sin hacer mayores especificaciones) que vincula a las hachas con los azadones en tanto símbolos de liderazgo. En el Reino Nuevo, las mazas y sobre todo las hachas sufren importantes transformaciones, hallándose incluso vestigios de hachas de hierro.

En forma similar son estudiadas las lanzas, los palos arrojados, las varas y porras, las corazas (destacándose el período de Amarna como un “período de grandes innovaciones en la concepción de la armadura y los elementos de protección, 219) y las espadas (generalmente de bronce, introducidas a partir del gobierno de los hicsos y gracias a ciertas mejoras en el campo de la metalurgia).

Si bien este es el recorrido general que hace la autora a lo largo del libro, quedan por destacar algunos puntos específicos tratados en los capítulos 2 y 3.

En “La guerra en el Reino Medio”, McDermott estudia las técnicas de asedio en el contexto de la reunificación llevada adelante por Mentuhotep II y en el contexto de las campañas militares de Sesostri I en Siria y Palestina, tomando como evidencia no sólo las representaciones pictóricas y vestigios arqueológicos, sino también los testimonios textuales tanto religiosos como literarios.

Si bien los antecedentes de fortificaciones y asedio pueden remontarse al menos hasta el Predinástico con la “Paleta de las Ciudades”, es notoria en el Reino Medio la existencia de

una serie de fortificaciones egipcias instaladas en el sur para controlar esa zona. Por otro lado, las escenas del período sumadas a otros testimonios del Reino Nuevo y a fuentes asirias, presentan invaluable evidencia de las técnicas de asedio, de los instrumentos utilizados (escaleras, arietes, hachas) y de la cantidad necesaria de soldados, lo cual permite a la autora pintar un cuadro bastante completo de la “guerra de asedio” en la antigüedad.

En el tercer capítulo, “La guerra en el Reino Nuevo”, la magnitud de la evidencia (innumerables referencias visuales y escritas) obliga a la autora a detenerse en algunos aspectos específicos y le permite, finalmente, proponer una descripción de la vida militar del soldado raso (apenas esbozada, en el capítulo anterior, al tratar a los arqueros del Reino Medio tomando como referencia el análisis de los mercenarios de Mentuhotep II).

En primer lugar, estamos ante un período de grandes conquistas, que la autora atribuye a un fundamentalismo amoniano, entendiendo la expansión militar llevada adelante sobre todo por Tutmosis III, como una “cruzada religiosa” (115), y obviando por completo una explicación centrada en la percepción de la “amenaza de los hicsos”.

El capítulo repasa la victoria de Amosis sobre los hicsos, las campañas de los “faraones-guerreros”, la “crisis de Amarna” y el resurgimiento político-militar de la Dinastía XIX. Las representaciones del “Jardín Botánico” del templo de Karnak (correspondientes al reinado de Tutmosis III), los anales en tablillas de Amenofis II, las imágenes de la batalla de Qadesh en monumentos y la descripción del campamento de batalla en el templo funerario de Ramsés II, las representaciones de las invasiones de los Pueblos del Mar en el complejo de Medinet Habu bajo Ramsés III, comportan algunos de los repositorios de evidencia que utiliza la autora para describir el tipo de guerra y el funcionamiento del ejército egipcio en el Reino Nuevo.

La introducción del carro y el caballo, probablemente por influencia de los hicsos, supone una importante transformación para el ejército y la jerarquía militar egipcios (los carros pasarán a formar una unidad de élite). La autora rastrea estas modificaciones presentando gráficamente las divisiones (infantería, carros, arqueros, mercenarios y quizás caballería, sin descontar los cuerpos de zapadores para asedios y las unidades navales que funcionaban más bien como transporte fluvial), las jerarquías (desde el rey, pasando por los oficiales, hasta los propios soldados) y la división de las intervenciones del ejército en cuatro sectores (siguiendo la lectura clásica de Alan Schulman: el ejército de Cush, el ejército de Siria, y las fuerzas “nacionales” divididas en Alto y Bajo Egipto).

Pero así como estudia el papel de los soldados y oficiales en la batalla, también se ocupa de los momentos del reclutamiento, el entrenamiento, los desfiles funerarios y ceremoniales y algunos aspectos de la vida social en tiempo de paz, así como de la medicina y algo tan importante como los momentos posteriores a una batalla (recompensas, el trato a los prisioneros), además de los notables juicios por robo, desertión y abuso.

Para presentar dicho cuadro, McDermott dedica especial atención a las *Misceláneas*, libros escolares que si bien enfatizan los aspectos negativos de la vida militar (pues estaban pensados para convencer a los jóvenes a incorporarse a la profesión de escribas, cuya función como administradores o escribas militares la autora no ignora), son muy útiles al ser comparados con otros relatos e imágenes, como los relieves de templos como el de Karnak o el de Medinet Habu, y testimonios escritos como el del Papiro Harris.

Por último, la autora analiza, por un lado, las vinculaciones entre guerra y religión, empleando textos como *El Libro de los Muertos* y destacando muy sucintamente la asociación entre mitos, dioses y guerra; y por otro lado, dedica algunas páginas específicamente al período de Amarna, sosteniendo que ha sido visto tradicionalmente como un período, si bien de crisis intestina, gobernado por una personalidad pacífica, pero que la

evidencia apunta a todo lo contrario (desde escenas que presentan al ejército implicado en actividades públicas, hasta restos de un cuartel militar dentro de la propia ciudad de Ajetatón, pasando por la más temprana constancia del uso de títulos militares).

El libro concluye con tres apéndices: en el primero (“El armamento en el período de Amarna”) no se hace más que repetir cosas ya mencionadas en el capítulo sobre el Reino Nuevo, lo cual lo convierte en un agregado innecesario que podría haber sido evitado si se hubieran incluido en el capítulo anterior los pocos datos que presenta como nuevos; el segundo apéndice es tan sólo una lista de las representaciones artísticas y otras evidencias de guerra mencionadas o al menos consideradas para la elaboración del libro, que está muy lejos de ser completa y minuciosa; el tercer apéndice lo conforma una cronología reproducida de Grimal (aunque llamativamente el autor no figura en la extensa bibliografía dispuesta al final del libro).

Un punto flojo en este libro son sus fotografías e ilustraciones. Las primeras, tomadas en su mayoría por la autora, son a menudo poco claras e incluso hay más de una fuera de foco. Las ilustraciones en las cuales la propia autora reproduce grabados originales, carecen en ocasiones de recortes adecuados y claros y de fidelidad en el trazo, carencias que se hacen notorias al comparar este libro con otras ediciones más cuidadas sobre el estudio de la guerra en el antiguo Egipto.

En conclusión, la autora no satisface su intención de hacer de este libro una herramienta verdaderamente útil para los estudiosos de la historia militar y de la historia egipcia, pero sí cumple con el objetivo de llegar a un público más general que no está inserto en el mundo de la investigación profesional. Es claro y didáctico, carece de citas eruditas (que de todos modos impide rastrear la fuente de algunas afirmaciones cuestionables cuando no propiamente erróneas), y aunque su organización por capítulos es un tanto desordenada, el lector amateur encontrará en esta obra una buena base de consulta, llevadera en su estilo narrativo, pero que requerirá el esfuerzo suplementario de confrontar la información proporcionada con otras fuentes bibliográficas, ante el riesgo de quedarse con datos no siempre fiables o actualizados.